

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XVIII



C. S. I. C.
1981
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XVIII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1981

SUMARIO

	<i>Páginas</i>
ESTUDIOS	
Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo xiv según el «Libro de la Montería» de Alfonso XI, por <i>Gregorio de Andrés</i>	9
Judeoconversos de Torrelaguna (Madrid) a fines del siglo xv, por <i>Enrique Cantera Montenegro</i>	23
El Monasterio de San Juan de la Penitencia, de Alcalá de Henares, fundación del Cardenal Cisneros, por <i>Carmen Román Pastor</i>	41
Juan y Valentín de Ballesteros, maestros de obras de cantería de la villa de Alcalá, por <i>Miguel Angel Castillo Oreja</i>	69
Juan Correa de Vivar y los retablos del Convento de Clarisas de Griñón (Madrid), por <i>I. Mateo Gómez y M. Díaz Padrón</i>	91
Oficios burocráticos en las obras reales madrileñas (1540-1563), por <i>Luis Cervera Vera</i>	99
Noticias sobre la misteriosa desaparición de la muralla madrileña durante el siglo xvii, por <i>Manuel Montero Vallejo</i>	119
Orígenes históricos del marquesado de Leganés y su primer titular: Don Diego Messía de Guzmán, por <i>M.ª Pilar Corella Suárez</i>	131
Toros en la provincia de Madrid, por <i>Francisco López Izquierdo</i>	137
Datos para un estudio de Madrid en la primera mitad del siglo xvii, por <i>M.ª del Carmen González Muñoz</i>	149
Cristóbal de Aguilera y el desaparecido Convento de los Capuchinos de la Paciencia de Cristo, de Madrid, por <i>José Luis Barrio Moya</i>	187
Pintura y mentalidades en Madrid a finales del siglo xviii, por <i>Jesús Bravo Lozano</i>	193
La configuración del eje Prado-Recoletos-Castellana (1630-1975), por <i>Carmen Gavira</i>	221
El palacio como laberinto y las transformaciones de Felipe V en el Alcázar de Madrid, por <i>José Miguel Morán Turina</i>	251
Houasse en la corte de Madrid. Notas y documentos, por <i>Juan J. Luna</i>	265
Nuevo Baztán y el prerreformismo borbónico, por <i>Beatriz Blasco y Francisco J. de Benito</i>	287
El niño expósito: cifras de mortalidad de una inclusa del siglo xviii, por <i>Joan Sherwood</i>	299
La inventiva y las profesiones deshonorosas en el siglo xviii, por <i>Antonina Rodrigo</i>	313
Francisco Sabatini, autor del Cuartel de las Reales Guardias Walonas de la villa de Leganés, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	321

	<u>Páginas</u>
Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el año 1752, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	347
Pedagogía e ilustración españolas. El ideario educativo de los fundadores de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, por <i>Olegario Negrín Fajardo</i> .	367
Una epístola poética sobre el Madrid de Carlos III, por <i>Enrique Pardo Canalis</i> ...	395
La hacienda del Seminario de Nobles de Madrid. 1785-1808, por <i>Beatriz Martínez</i> .	405
Las Escuelas Patrióticas de Hilazas creadas en la Villa de Madrid durante el reinado de Carlos III, por <i>Dolores Palma García</i>	443
El camino de hierro de Aranjuez: Primeras tentativas, por <i>J. Moreno</i>	457
La legislación penal en Madrid en el reinado de Fernando VII, por <i>J. Antonio García Borrega</i>	479

SEMBLANZAS DE MADRILEÑOS ILUSTRES

El P. Alejandro Aguado, abad general de la Orden de San Basilio Magno, madrileño Ecumenista, por <i>Angel Benito Durán</i>	501
Un antiguo profesor: Andrés Ovejero, por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i>	521

TEXTOS

J. Pérez de Montalbán: «Índice de los ingenios de Madrid», edición crítica y estudio, por <i>M. G. Profeti</i>	535
---	-----

INFORMACION

Actividades del Instituto de Estudios Madrileños en 1980	593
Los Centros de Estudios Locales: Su marcha hacia la reagrupación en 1980	595
El Instituto de Estudios Madrileños en la reunión plenaria de Centros de Estudios Locales celebrada en Ciudad Real, por <i>Antonio Aparisi</i>	601

EL NIÑO EXPOSITO: CIFRAS DE MORTALIDAD DE UNA INCLUSA DEL SIGLO XVIII

Por JOAN SHERWOOD

Queen's University. Kingston.

El niño abandonado no era un problema nuevo en el siglo XVIII. Pero la manera en que el problema se abordó en distintos períodos puede proporcionar interesantes percepciones dentro de la naturaleza de una determinada sociedad. El propósito de este artículo es mostrar cómo las cifras de mortalidad del hospital para expósitos, la Inclusa, reflejaban la condición de los pobres, y especialmente la condición de los niños de los pobres en el siglo XVIII en Madrid.

En una sociedad pre-anticoncepcional, el aborto y el abandono eran métodos de control de nacimiento rutinarios. En la cuna de la civilización occidental, en la antigua Grecia y Roma, era admitido que cualquier niño deformado, débil, o hembra recién nacida podía ser abandonado impunemente. Hubo un libro escrito por un tocólogo romano erudito, titulado *Cómo reconocer a un recién nacido que valga la pena educar*. Tribus menos civilizadas, como los vikingos, solían tirar a sus niños al mar para ahorrarse los gastos de educarlos. Mantener el ideal que consiste en considerar como una bendición cualquier elemento berreante y desvalido recién nacido requiere una economía muy desarrollada y un sistema de moral bastante sofisticado.

El cristianismo fue el primero en imponer una norma tan rigurosa en la totalidad de la sociedad. La iconografía de la Edad Media fue testigo de la manera en que el niño, y en particular la relación madre-hijo, estaba en la médula de la cultura cristiana. El nacimiento de María, el nacimiento de Cristo-niño, el niño en las rodillas de su madre, o jugando con una pelota o con un pájaro o el pecho de su madre, o incluso el acto de alimentarlo era

un cliché en la escultura, pintura, vidrieras y madera del cristianismo medieval. Aunque la teología y la predicación de la iglesia se centraban en el sufrimiento y la muerte de Cristo, el arte de las catedrales medievales glorificaba la vida¹.

Pero en la práctica, no todos los niños eran niños deseados. Se les abandonaba regularmente en los escalones de la iglesia, o en la puerta de un monasterio o en el portal de algún hombre rico, conocido por su generosidad. O, bastante a menudo, cuando la madre estaba asustada o era simplemente irresponsable, se abandonaba al niño en una zanja o en un campo, víctima de perros y animales salvajes. Si el fruto del pecado mortal no podía esconderse, la alternativa era abandonarlo.

Uno de los primeros proyectos para proteger a estos niños fue el Hospital Real de Nuestra Señora de la Soledad y Angustias, fundado en 1572. Su nombre más común, la Inclusa, llegó a ser un sinónimo para estas instituciones en toda la Península, hasta incluso en todo el mundo de habla española. Como parte de una tradición de caridad mantenida por el Estado, que debía su primera expresión a los escritos de un humanista del siglo XVI, Luis Vives, el hospital funcionaba como una alternativa importante y viable ante el infanticidio. Se daba al «expósito» un ama hasta la edad de 6 años, luego se le colocaba en un orfanato o uno de los hospicios que se había convertido en el orgullo del sistema del estado de bienestar del régimen de los Borbones. Porque hacia el siglo XVIII, la Inclusa era tan sólo una de ellas dentro de una cadena elaborada de instituciones caritativas. Estas se incorporaban al tradicional ideal cristiano de caridad, y al ideal ilustrado de un estado laico centralizado capaz de mantener a todos sus ciudadanos, incluso a los pobres. Los cojos, los enfermos y los lisiados, en ambos sentidos, literal y figurado, se reunían en edificios de un esplendor arquitectónico extraordinario. Los hospicios servían para «reciclar» el deshecho de la sociedad en ciudadanos productivos y útiles. De esta manera, hasta los miembros más débiles del cuerpo político podían salvarse y emerger para cultivar la tierra, luchar en las batallas reales por tierra y mar, para colonizar el nuevo mundo o por lo menos para casarse y producir más españoles compitiendo en fuerza y número con el enemigo en Inglaterra y Francia.

Hacia fines del siglo XVIII, este sueño se convirtió en una pesadilla. Richard Herr ha descrito cómo el sistema del estado de bienestar, elaborado con tanto entusiasmo por reformadores ilustrados, se estaba convirtiendo

¹ GEORGE DUBY, *Le Temps des cathédrales. L'Art et la société, 980-1420*, Editions Gallimard, Paris, 1975.

en víctima de los problemas financieros que acosaban al Gobierno y pueblo español². Las guerras con Inglaterra y Francia y el bloqueo de los puertos, que cortaban el comercio con América se juntaron provocando una recesión. Madrid con su corte y séquito de ricos siempre había atraído cohortes de desvalidos o casi, pero no siempre podía proporcionarles trabajos. Además la inflación desenfrenada hizo subir los precios de los artículos en la última mitad del siglo en un 100 por 100, mientras los sueldos subieron sólo en un 20 por 100. Esto obligó a muchos de los pobres trabajadores entrar en las filas de los desesperados. Para muchas familias que vivían con lo imprescindible para sobrevivir, una boca más que alimentar se había convertido en una boca de más. Los apuros de la Inclusa se podían predecir. Una gran parte de sus rentas consistía en bienes raíces, o rentas de propiedades sometidas a los desastres de la inflación. Lo mismo que el Gobierno y pueblo de Madrid, la institución pasaba por dificultades. Había escasez de enfermeras, por causa de los sueldos tan bajos. El resultado era un «amontonamiento» de criaturas apiñándose en las cunas donde las enfermedades se contagiaban de los niños enfermos a los sanos, donde no había bastante leche para todos y donde nadie tenía tiempo de ocuparse de sus más elementales necesidades. La Inclusa, de ser un asunto de desesperación privada pasó a ser una situación de desesperación institucionalizada. En vez de ser un sitio de paso donde los niños esperaban que un ama los sacara de allí, la Inclusa se estaba convirtiendo para la mayoría de estos niños en el final del trayecto. Los registros de entrada y de mortalidad para la Inclusa han permitido demostrar cómo los niños de los pobres fueron los primeros en sufrir de los problemas económicos del Estado y sociedad española. Como el sistema de entrada era una rutina normalizada, tenemos datos disponibles sobre estos niños sobrantes. En vez de la imagen estereotipada de la silueta oscura que surge de la sombra para depositar un paquete vivo en una especie de nicho y que toca el timbre para avisar a los que estaban dentro para desaparecer luego, ahora, generalmente alguna persona dejaba simplemente al niño en la oficina de la Inclusa. La persona era a menudo de uno de los hospitales o de alguna otra organización caritativa, o el sacristán de una parroquia, o quizás el sirviente de uno de los monasterios o conventos o casas ricas de la ciudad.

El empleado procedía a escribir en el «Libro Rector» o de «Entradas» todos los detalles que el portador quería proporcionar. En la parte superior

² RICHARD HERR, «Hacia el derrumbe del Antiguo Régimen: crisis fiscal y desamortización bajo Carlos IV», *Moneda y Crédito*, n.º 118 (sept. 1971).

de la página estaba el nombre, subrayado. Los niños venían casi siempre con su nombre, aunque sólo fuera de pila, atado al manto que les envolvía. En el margen de la derecha se anotaba toda suma, por muy insuficiente que fuera, que se hubiera ofrecido para pagar al ama. Venían luego todos los detalles que más tarde pudieran hacer posible la identificación: la edad, el sexo, el origen, el parentesco (cuando era disponible), así como el nombre, señas y profesión del portador. El rasgo más importante de esta inscripción eran los datos del bautismo. Si por casualidad el cura de una parroquia había dado un certificado, se anotaba. Si no se había bautizado al niño, la frase «no tener agua» era la que se anotaba. En circunstancias dudosas se llevaba al niño a la pila bautismal en San Ginés y se le bautizaba «sub-conditione». Por fin se añadía el destino del niño —o la fecha de su muerte, o de su adopción o su traslado a otra institución—. Finalmente, estaba el nombre del ama permanente, y cuando el niño tenía suerte, el sitio a donde había ido con su madre adoptiva. Pero demasiado a menudo el breve epitafio «muerto en sala» cerraba los libros para el inclusero.

Estos detalles personales se acompañaban de un resumen mensual y anual. Informaban de la manera en que mes tras mes, año tras año, las entradas y la mortalidad aparecían uno tras otro. Antes de 1750, aproximadamente la mitad de los niños admitidos en el hospital morían en su ámbito, unos incluso antes de salir, otros devueltos por su ama cuando estaban a punto de morir. Ocasionalmente había años desastrosos como los de 1709-10 y 1740 en que las muertes subían hasta un 80 por 100, pero la media general permaneció estable a lo largo de los 50 primeros años del siglo. En 1760 esta norma dio paso a una norma de crecimiento gradual y constante, tanto para las entradas como para la mortalidad. (Ver figs. 1 y 2.)

En el período 1767-87, el índice de mortalidad fue 76,4 por 100. En la década siguiente fue 81,51 por 100 y en 1800, de 1.205 entradas, 1.012 murieron. En los primeros años del siglo XIX el índice de mortalidad fue un 90 por 100 y más. No es de extrañar que los críticos sugirieran que se debieran blasonar las puertas de tales instituciones con la siguiente divisa: «Aquí mueren los niños a expensas del Estado.» Los más jóvenes morían primero. Quizás porque fueran los menos resistentes. Entre el grupo analizado durante el período 1700-1790 el grado de mortalidad era 74 por 100 entre los de menos de un mes, 69 por 100 entre los de uno a seis meses, 51,5 por 100 para los de siete a doce meses y 35 por 100 para los mayores de dos años. Claro está que en un 95 por 100 los niños que entraban tenían menos de un año. En este proceso de eliminación, era más probable que los recién nacidos murieran, y la mayoría eran recién nacidos.

FIGURA N.º 1

NUMERO DE ENTRADAS A LA INCLUSA 1700-1800

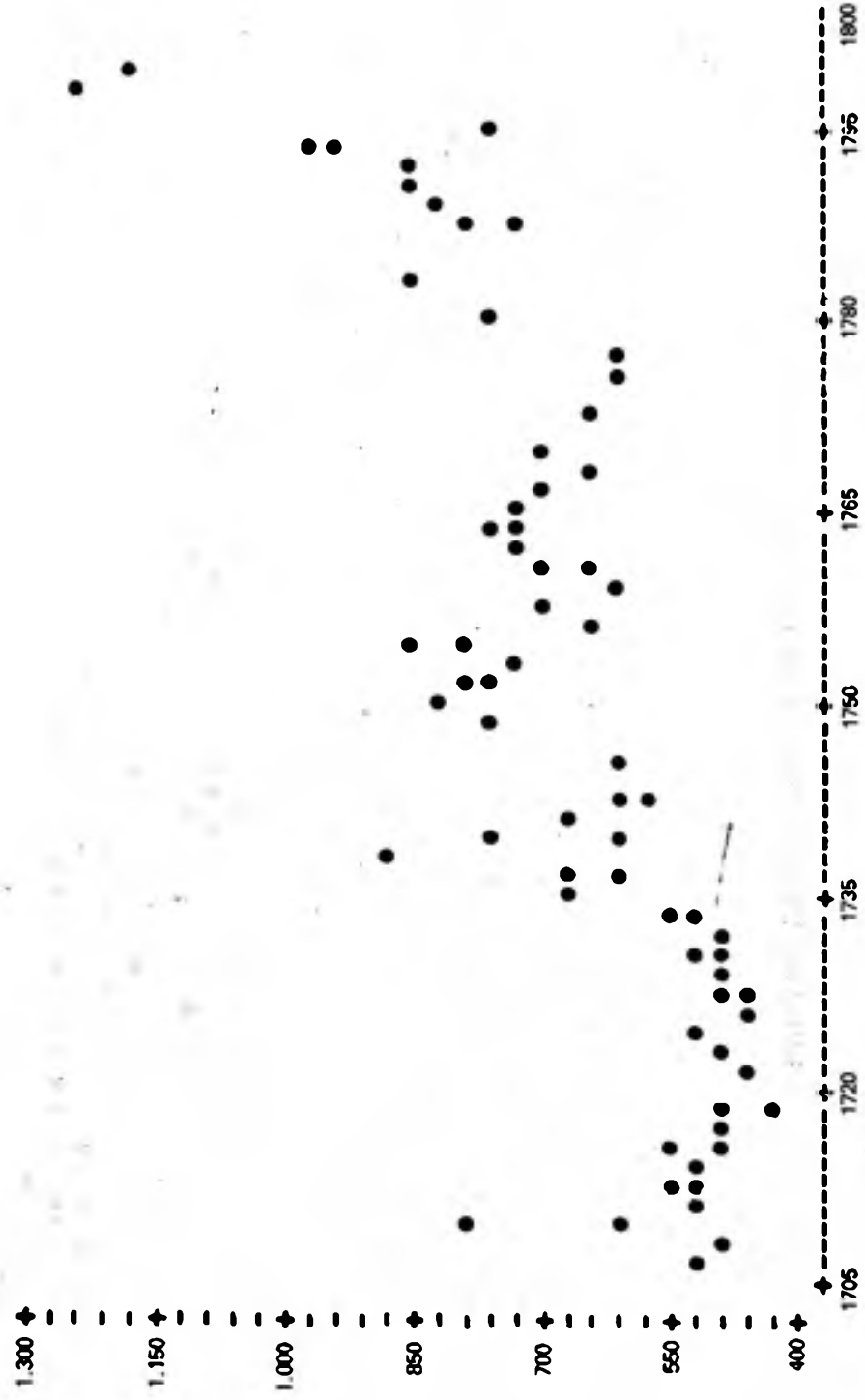
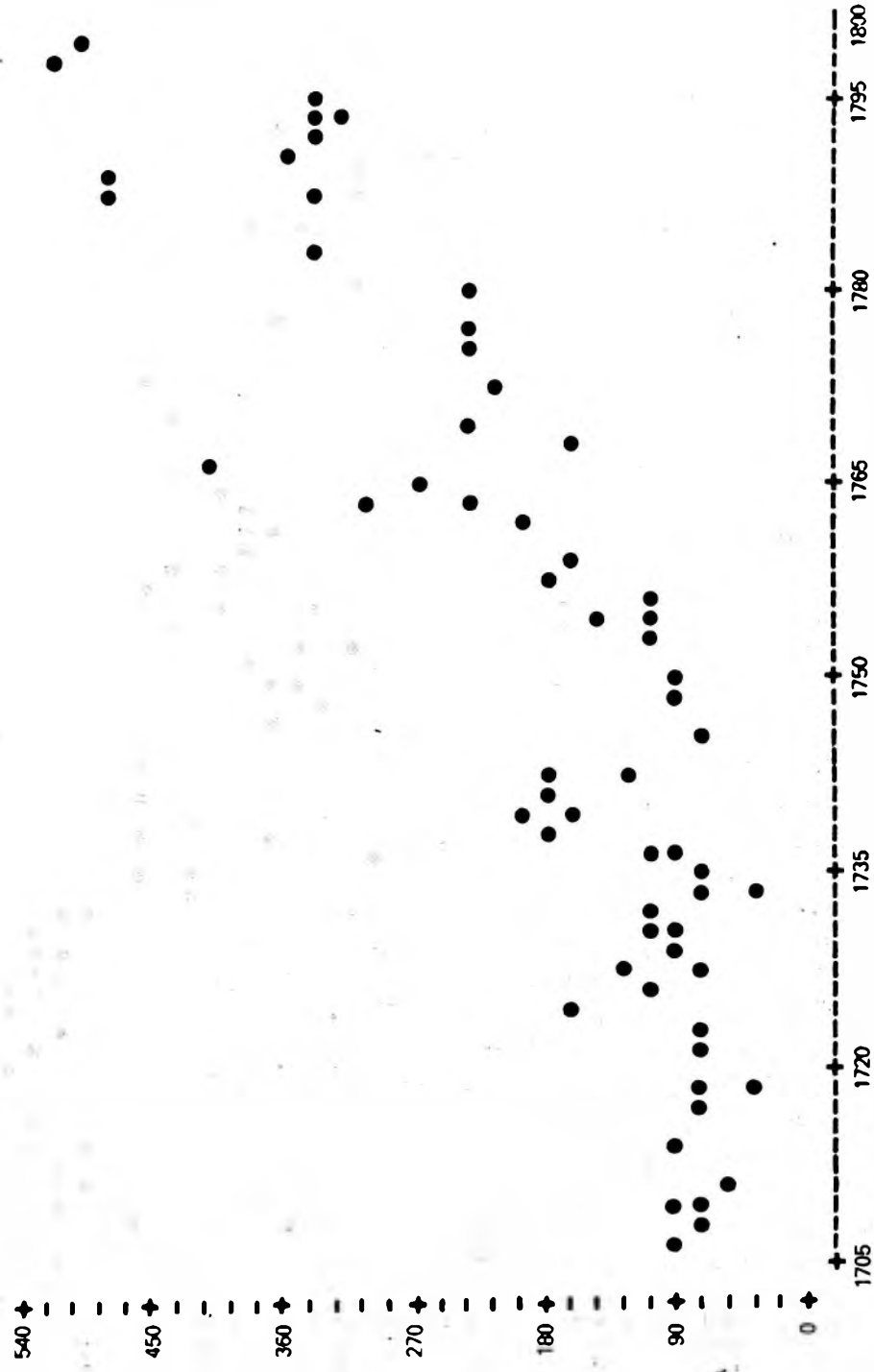


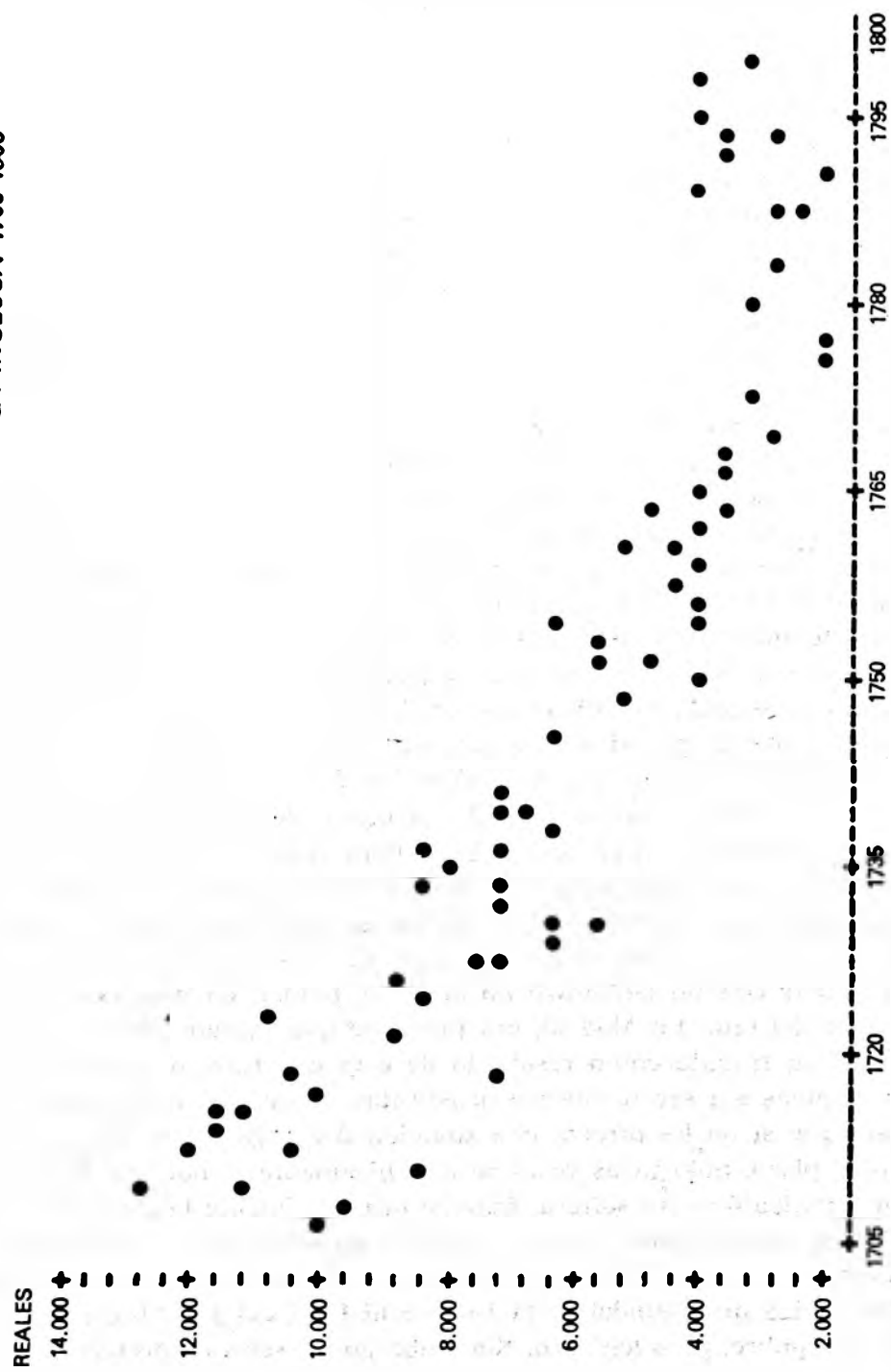
FIGURA N.º 2
 NUMERO DE MUERTES EN LA INCLUSA 1700-1800



Los documentos de entrada muestran que otro factor de gran significado en las posibilidades de supervivencia del niño era su origen. Este podía afectar su destino tanto directa como indirectamente. Directamente, porque un niño abandonado en un campo oscuro o en un rincón desierto puede llegar ya medio muerto. Indirectamente, porque se suponía que el niño traído por un hospital o una organización caritativa, o incluso por padres tan involuntarios como un convento de monjas, o un noble, traería consigo una limosna para pagar al ama. Esto podía suponer una diferencia considerable en las rentas del hospital. Por ejemplo, en 1700, había muy pocos niños abandonados en la Inclusa sin limosna de ninguna clase. Aquel año como la mitad de las entradas fue llevada por el cura de una de las parroquias. Hacia el final del siglo, el intermediario de la iglesia se evitaba, con consecuencias ruinosas para las finanzas de la Inclusa. En 1790 solamente 2 de los 106 niños admitidos en junio y diciembre habían sido mandados de las parroquias. Una baja de 48,6 por 100 en 1700 a solamente 1,8 por 100. En cambio comadronas, cirujanos, abuelas y hasta los mismos padres traían niños directamente al despacho de entradas, pero venían sin dinero. En 1800, de un total de 1.212 entradas en la Inclusa, solamente 39 ofrecieron limosna para su mantenimiento. Como recurso, el niño era llevado a la Inclusa o enviado por padres demasiado pobres para poder dar una suma incluso simbólica para su sostenimiento. Esta relación inversa entre las cifras de limosna y de mortalidad es por sí misma suficiente para dar cuenta de los problemas de la Inclusa a finales de siglo. (Ver fig. 3.)

La ilegitimidad también afectaba el índice de mortalidad. Incluso hoy en día una madre soltera en Nueva York tiene más probabilidades de dar a luz prematuramente o de tener un niño muerto al nacer; en cuanto al recién nacido corre mayor riesgo de morir en el primer año que el hijo legítimo. Las chicas solteras que se preocupaban de esconder su condición o intentaban acabar con un embarazo no deseado, ponían en peligro sus propias vidas y la del feto. En Madrid, era probable que fueran sirvientas que habían perdido su trabajo como resultado de esta aventura, o mujeres desamparadas. Algunas sin ser realmente prostitutas, llegaron a entregarse a esta profesión que si no les ofrecía una solución definitiva, si resolvía su problema a corto plazo. Sólo raras veces se da únicamente el nombre de la madre, lo cual significa que era soltera. Aunque ocasionalmente la frase verdadera afirmaba en los registros que los padres eran solteros, es difícil que aparezca una información específica de esta clase. Es más probable que la mayoría de los niños que inundaban la Inclusa al final del siglo fuesen niños de parentesco pobre, pero legítimo. Sin embargo no sería sorprendente si, en unos

FIGURA N.º 3
LIMOSNAS RECIBIDAS CON LOS NIÑOS ADMITIDOS EN LA INCLUSA 1700-1800



tiempos angustiosos, hubiese también un número creciente de niños ilegítimos entre aquéllos. Esporádicamente se encuentran pistas sobre esta cuestión delicada. Por ejemplo la cofradía de la Esperanza y Santo celo de salvación de almas, o, como se conocía popularmente «La Hermandad del Pecado Mortal», se dedicaba a rescatar chicas solteras de una vida de prostitución. El grupo iba por las calles del peor barrio de Madrid por la noche, cantando: «Almas en pecado mortal, si vinierais a morir esta noche, pensad donde iríais a parar.» Los niños llevados a la Inclusa por este grupo eran pocos, pero fácilmente identificables: 100 por 100 eran ilegítimos y 100 por 100 morían.

Era más difícil estar seguro del estado legal de los niños amparados por el hospital de Nuestra Señora del Carmen o «Desamparados» ya que éste era conocido por su función de orfanato. El hospital tenía un número de camas para «paridas clandestinas», y los niños llevados a la Inclusa desde allí también era probable que fueran ilegítimos. El índice de mortalidad para estos niños, aunque no tan devastador como las cifras del grupo Esperanza, también era alto: 77,8 por 100.

La legítima contrapartida de estos casos era el niño admitido y que venía de la Pasión. Esto era la sección del Hospital General dedicada al cuidado de pobres mujeres. Estos niños eran excepcionales en muchos aspectos, empezando porque tienen padres. Los nombres y señas de ambos, padre y madre, se daban siempre, excepto en un 3 por 100 de casos, lo cual indica que probablemente eran legítimos. Eran también mayores al promedio, así que partían más favorecidos. Aunque un 93 por 100 tenían menos de un año, también, solamente en una tercera parte eran recién nacidos. Lo más probable es que su estancia fuera breve; no porque morían, sino porque casi la mitad de ellos, la reclamaban los padres cuando la madre se recuperaba, o algún pariente cuando la madre no se recuperaba. Como consecuencia directa, las cifras de mortalidad para este grupo sólo eran de un 45,6 por 100. Para este miembro afortunado de un conjunto infortunado, todas las circunstancias eran ventajosas. Cuanto mayor era el niño, más probabilidades tenía de vivir, y más probabilidades de ser reclamado por sus padres. Sin embargo, el niño de la Pasión no era en absoluto un auténtico niño expósito. Era más bien un pensionista a cargo del Hospital General.

El prototipo del niño expósito, por otra parte, se podía encontrar en la fuente del patio de la Inclusa, o medio escondido en un portal oscuro o en las gradas de una iglesia para ser recogido por la hermandad del Refugio en sus rondas nocturnas por las viejas calles y las oscuras plazuelas de los barrios pobres madrileños. De estos niños se puede saber muy poco, excepto

que su número iba aumentando como también el de los que traían directamente las comadronas o algún miembro de la familia. A veces se daba una explicación. «La madre de este niño está enferma y no puede criarlo.» A menudo la frase «padres pobres» hablaba por sí sola. Es posible que estos padres creyeran honradamente que la Inclusa podría proporcionar a su hijo lo que necesitaba, cuando ellos no podían. El índice de mortalidad en la Inclusa lo refuta claramente. Incluso las pequeñas ventajas de edad o estado legal acababan por ser insignificantes ya que la muerte recolectaba indiscriminadamente cada vez más y más niños de la Inclusa. Pero quizás la familia pobre de Madrid no tenía alternativa. Aunque supieran o solamente medio supieran lo que el abandonarlo significaba para su hijo, ¿es posible que fuera más fácil de soportar el hambre institucionalizada que el ver languidecer a un hijo ante sus ojos? Por las notas que iban atadas a los mantos es evidente que muchos padres tenían intención de volver a recoger a su hijo cuando los tiempos mejoraran. Pero los tiempos no mejoraban o rara vez las buenas intenciones hacían que volvieran los padres. El niño abandonado como el niño muerto, pronto se podía reemplazar. Es obvio que los pobres de Madrid empezaban a considerar sobrantes muchos de sus recién nacidos, y a ver en la Inclusa una nueva forma de triste consuelo. La Institución les aliviaba del peso y de la preocupación de un niño que no podían permitirse el lujo de guardar.

La relación íntima entre las entradas, la mortalidad y los problemas económicos de los pobres puede testificarse fácilmente. La larga lista de cifras de mortalidad y de entradas en el siglo XVIII demuestra lo estrechamente conectados que estaban estos factores. Utilizando los precios de los cereales como índice de coste de vida se puede demostrar que había una correlación de .77 entre las entradas, las muertes y el precio de la comida. Esta correspondencia había existido a lo largo de períodos de crisis relativamente cortos como los de 1738-40, 1750-51 y 1760-66. Sin embargo, el año 1780 marca el principio de un cambio en la norma de admisiones y mortalidad..., un cambio que afectaba eventualmente toda la estructura de la Inclusa. En vez de crisis periódicas seguidas de respiros, los números de admisiones subían constantemente año tras año, sin dejar tregua al personal, la administración y las finanzas para recuperar fuerzas. Las crisis habían llegado a ser una característica permanente de la Inclusa. Eran olas y olas de números que iban creciendo siempre más y que acababan por minar los cimientos del hospital, frustrando sus objetivos e ideales, y burlándose de su pretensión de ser una protección para el niño abandonado. Mensualmente las cifras de mortalidad demuestran cómo las muertes fluctuaban estacionalmente tanto

como a largo plazo. Al hacer el promedio de las cifras mensuales y al compararlas con las medias por décadas, aparecen ciertas normas. En el período 1700-1740, los meses de canícula y de principios de otoño eran los peligrosos para el niño. Esto era cierto a pesar de que estos meses fueran también los que menos entradas tenían. Ello no nos debe sorprender. En efecto en los meses de verano, y muy especialmente en el mes de agosto, era cuando hacían su aparición las enfermedades de malaria incubadas en las aguas estancadas. La gastroenteritis era otra plaga mortífera del verano para los niños que se destetaban, o cuyas nodrizas no podían dar leche suficiente para alimentar a un recién nacido. Se les daban cocciones mezcladas con leche de animales. Estos últimos estaban expuestos a la contaminación originada por el verano ó por las moscas e insectos. El final del verano y principio del otoño siempre habían sido peligrosos períodos para un recién nacido. Pero después de 1740, el número de muertes fue creciendo de forma evidente incluso en los primeros meses de primavera. Quizás las enfermedades de bronquios y pulmones exigían un tributo más importante. Luego a principios de 1760, la curva de las cifras de mortalidad empieza a ser muy semejante al de las entradas mensuales. El alto promedio de las cifras de agosto desaparece y las muertes se concentran en los meses de primavera e invierno. Por fin, después de 1780, aparentemente los niños mueren independientemente del mes en que entran a la Inclusa. Es difícil saber si se debía a que entraban en el hospital mayor cantidad de niños en malas condiciones o si, lo cual parece probable, se debía al deterioro muy de lamentar de las condiciones de la Inclusa. Sea lo que fuere, la norma ya no la marcaban las estaciones. Las muertes se extendían de una manera más o menos igual a lo largo de todo el año. (Ver fig. 4.) La mayor esperanza de supervivencia para el niño era salir del hospital lo antes posible con una nodriza. Pero incluso esto no era una garantía. Se reclutaba a las nodrizas en el mismo estamento de la sociedad que el del niño. Pobres, descuidadas, sucias y con poca salud, se les acusaba de ser ellas mismas motivo para que murieran tantos niños. El médico de la Inclusa, Santiago García, proclamaba que eran más aptas para matar que para cuidar al niño. Además de las cualidades personales de las nodrizas otros factores podían tener también un sentido. Que las nodrizas fueran de Madrid o de una ciudad cercana, que la ciudad fuera rica o no, que el niño mantuviera un vínculo permanente, o que lo llevaran de casa de una nodriza a otra, que el marido de la nodriza tuviera una profesión u otra, todo ello podía afectar el porvenir del niño. Las salidas o registros que se refieren a las nodrizas contienen esta clase de información, e ilustran la relación entre estos factores y el índice de mortali-

FIGURA N.º 4 (a)
**MUERTES MENSUALES POR ENCIMA Y POR DEBAJO
 DE LA MEDIA 1700-1799**

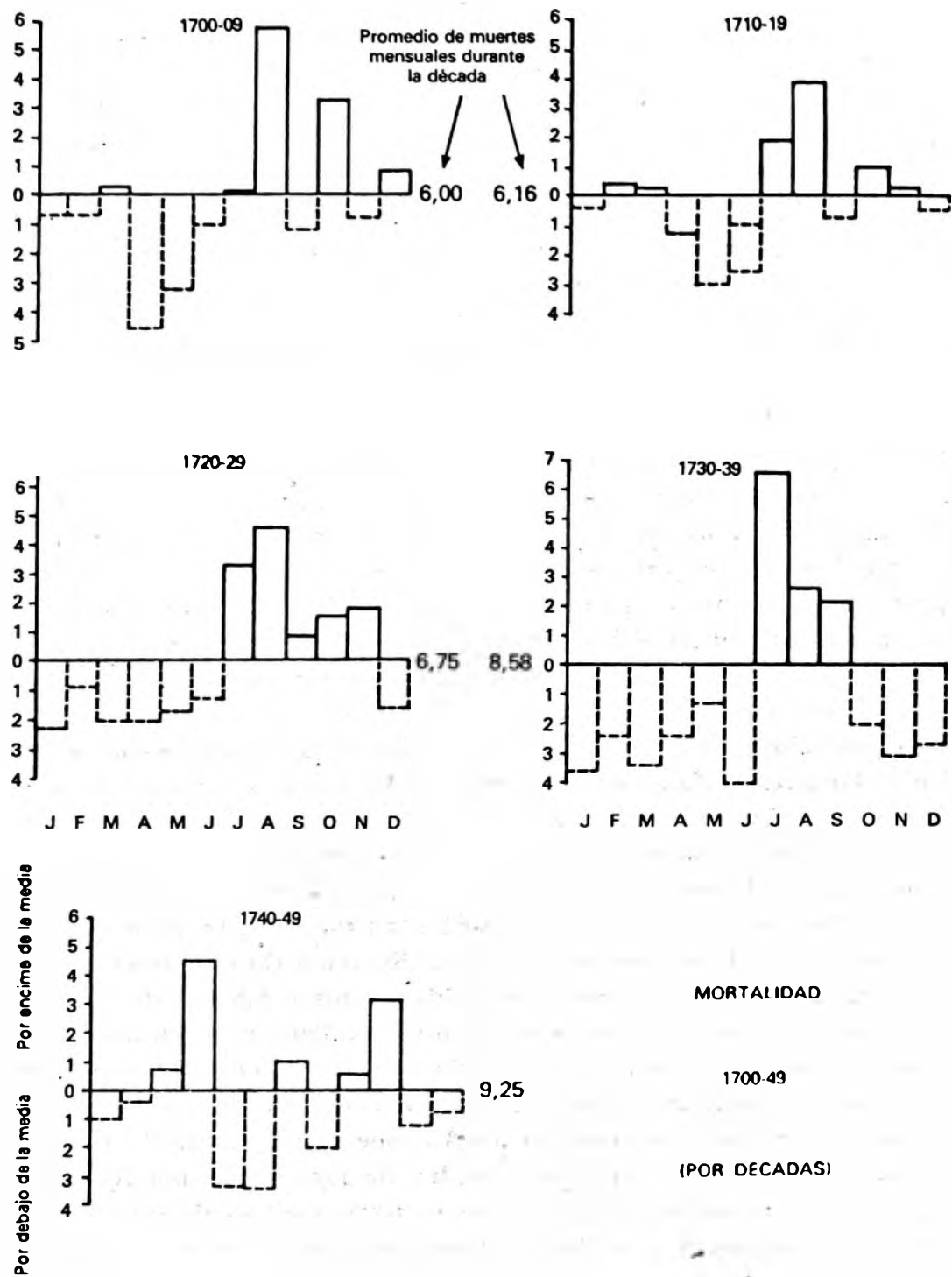
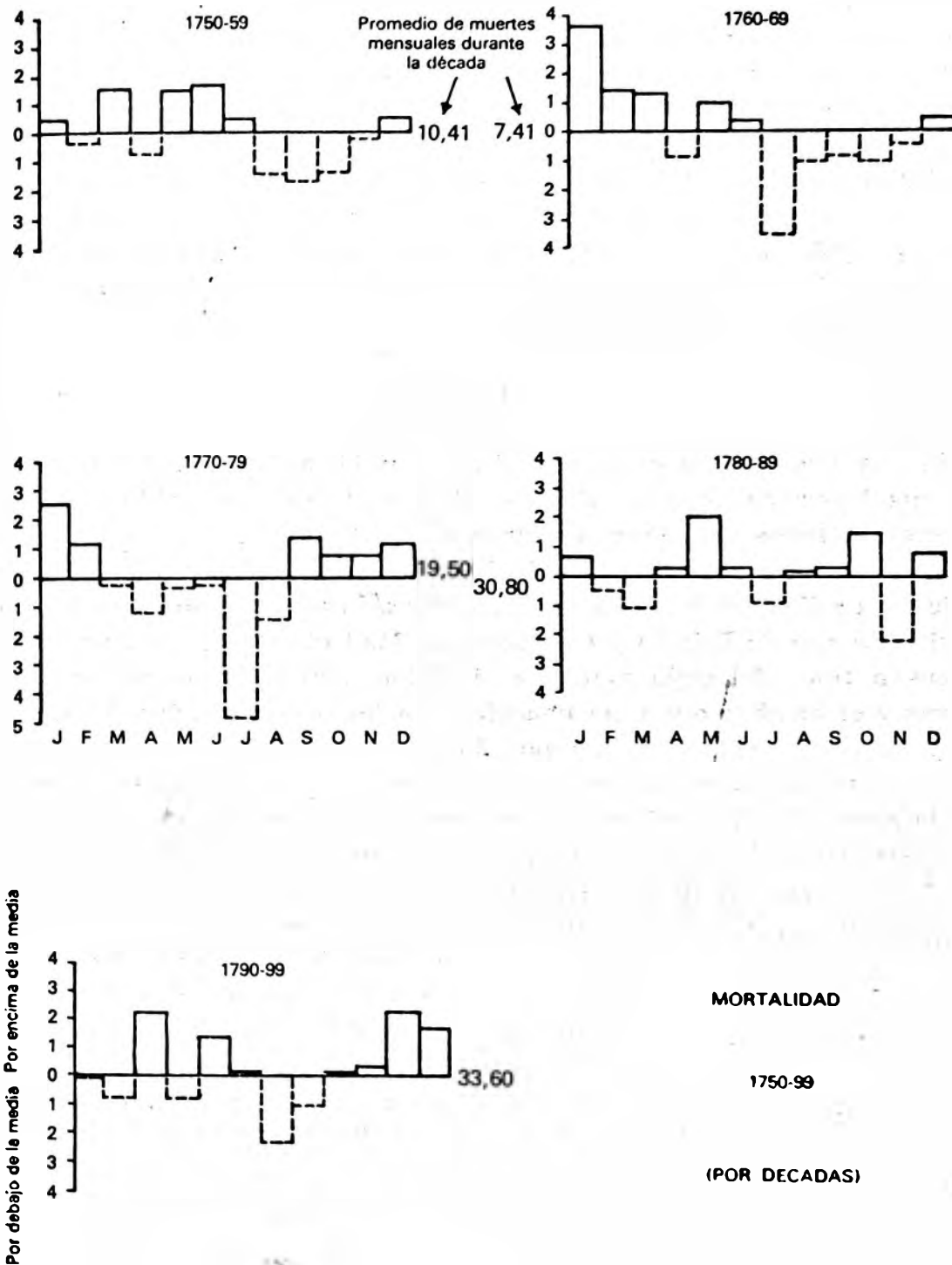


FIGURA N.º 4 (b)
**MUERTES MENSUALES POR ENCIMA Y POR DEBAJO
 DE LA MEDIA 1700-1799**



dad; pero de momento nos concentraremos en el material a recoger en los resúmenes estadísticos y en los archivos de entradas.

Esta información confirma dos conclusiones ineludibles. Primero el índice de mortalidad de los niños de la Inclusa refleja el número de entradas y los problemas financieros consecuentes del hospital. En segundo lugar, estos problemas eran parte integrante de las crecientes dificultades experimentadas por los pobres a fines del siglo XVIII. La correlación entre los precios de los cereales y las entradas y el que se llevara directamente a la Inclusa un número de niños cada vez mayor en vez de abandonarlos como antes, sugiere que los pobres de Madrid veían a sus hijos y a la Institución desde distinto ángulo. En vez de ver en la Inclusa un hospital cuya función primordial era la social, preservando así la vida del niño y la fama de la madre, esperaban de la Inclusa que cumpliera una función económica. La Inclusa había llegado a ser un depósito para los niños que los padres no podían permitirse el lujo de guardar. Los pobres de Madrid prescindían de las parroquias, de las hermandades caritativas e incluso del ciudadano rico, y se dirigían a la Inclusa como organización pública conveniente que actuaba para ayudarlos en tiempos difíciles. Esta se había convertido en el lugar que recogía todos los niños sobrantes de los pobres.

Por un sin fin de razones, la Inclusa era incapaz de cumplir con ambos servicios, tradicional y social, con sus nuevas tareas económicas. El Hospital, el Gobierno de España y los pobres de Madrid estaban en circunstancias críticas a fines del siglo XVIII. La situación sólo podía empeorar con las guerras y el hambre que eran una plaga en los primeros años del siglo XIX. Los primeros en sufrir los tiempos difíciles por venir eran los niños de la Inclusa. Aunque no había infanticidio intencionado por parte de los padres, o de la administración del hospital, el resultado en claro era el mismo. Como lo muestran las cifras de mortalidad de la Inclusa, los niños de los pobres eran las primeras víctimas de un sistema que ya no podía cuidar de ellos. Los niños de los pobres se habían convertido en niños sobrantes.